

Rogamos que llueva y salimos sin paraguas (2000)

Alberto Pereira Corona

Henos aquí, ante el umbral del nuevo milenio, ante la globalización del comercio, del saber, de la especie humana.

Henos aquí ante la masificación del hombre, la mediatización informativa y la depauperación de la humanidad.

Palabras de aliento y de frustración, pero hoy, ellas son parte medular de nuestra realidad. Hoy, esas palabras marcan el cotidiano devenir de millones de personas, no solo en México sino en todo el mundo. Es cierto, estamos en un era de descubrimientos científicos sin comparación en la historia del hombre pero estamos igualmente en una época en la cual las desigualdades entre los hombres se han acentuado hasta formar abismos gigantescos llenos del dolor y las lágrimas de nuestros semejantes y que se hacen cada día más anchos y profundos y son estos abismos los que cada día más gente desea ignorar y los que nos alejan de la posibilidad de construir un mundo mejor.

Pero esa construcción de un mundo mejor se ha postergado y se postergará aún más en tanto existan las desigualdades que tenemos hoy ante nuestros ojos y que dejamos pasar sin declarar siquiera que las percibimos y las entendemos. No es nuevo que una sociedad más igualitaria se construye sobre la base de una educación fuerte y comprometida con la realidad, como tampoco es nuevo que la especialización aleja al profesional de dicha meta.

Históricamente la especialización ha sido un nivel de trabajo reservado para aquellos que han cubierto adecuadamente los niveles antecedentes de formación y han sido capaces de adquirir un criterio amplio que les permite aplicar esos conocimientos especializados en situaciones generales más complejas para simplificarlas, sin embargo, cuando el educando no ha desarrollado una base general de conocimientos suficientemente fuerte en lo básico, entonces, vemos a un semiprofesional y quiero usar este neologismo como apelativo para una persona mediocre, que no ha sabido cuando ha tenido la oportunidad, aprovecharla para adquirir los elementos necesarios en forma de conocimientos y habilidades para entender su realidad y para convertirse a sí mismo en un ser humano completo cuya relación con su ambiente y los demás sea productiva y satisfactoria.

La especialización ha sido, sin embargo, exaltada como la panacea que habrá de dar de comer a las ingentes tropas de trabajadores que la población tercermundista produce, quimeras, la especialización sin un sistema económico que promueva la ocupación y proteja a la población en vez del capital, es una condena a la obsolescencia profesional, es una condena a la miseria en el momento mismo que llega el cambio y la modernización irracional de los modos de producción y apropiación de la riqueza.

Hoy, en esta estrecha cresta entre dos abismos, caminamos hacia el fin del siglo, hacia el fin del milenio y seguimos teniendo a un lado el abismo de la ignorancia y la dependencia económica y al otro el abismo del pseudoconocimiento y el liberalismo educativo y económico. No hemos sabido construir un camino amplio que nos permita movernos en esa cresta y las despellejaduras y golpes con que el camino nos ha marcado se han infectado con la suciedad del camino y lo digo tanto en sentido literal como figurado. La Reforma Educativa de la década del setenta fue un golpe terrible a la educación en México, y las heridas que produjera en nuestro país son hoy llagas abiertas largo tiempo atrás infectadas y que sin atención, hoy nos ahogan con su podredumbre.

En ese tiempo se abandonó en aras de una supuesta modernización de la educación los programas de formación de maestros de la Escuela Normal que se habían forjado con años de experiencia previa y se inició una carrera desenfrenada en la importación forzada de modelos educativos, muchos de los cuales habían sido abandonados ya en otros países por ineficientes o defectuosos, y se entregó a los niños de nuestro México en manos de improvisadores, y pseudoinnovadores de la educación para que fueran deformados.

Se continuó con este proceder cuando estos niños aún no terminaban su educación primaria, extendiendo el daño a la educación de nivel medio se mezclaron contenidos, la aritmética dejó de existir y se estudió la abstracción del conjunto; la Geografía se consideró como prescindible, el átomo dejó de ser parte de la Química, la Física se calificó de excesivamente compleja; mataron al sujeto, al verbo y el complemento y los trataron de remplazar con gramemas, morfemas y fonemas que, para nuestro niños, resultaban tan molestos como enemas, se anularon por decreto partes de nuestra historia, se reescribió el resto y con ello los “Nuevos Pedagogos” forjados en el extranjero en el “American way of life”, prepararon el brebaje que habrían de hacer tragar de grado o por fuerza a nuestro niños mexicanos, para iniciar el largo y doloroso proceso de laceración que era necesario para abrirle paso a la “modernidad educativa” en las tiernas mentes de nuestro hermanos.

El daño estaba hecho, no obstante, los resultados se habrían de manifestar hasta algunos años después, cuando estos niños ingresaran en los niveles superiores de nuestro ya maltratado Sistema Educativo Nacional. Por otro lado, se cumplía ya en ese momento poco más de una década de que “Mr. Lyndon B. Johnson” dijera en el vecino país del norte –“Abrid las puertas de nuestras Universidades a los latinos, invirtamos en su educación, que al pasar del tiempo, ellos serán los más feroces defensores de nuestros intereses en el extranjero”- ¡Cuánta razón tenía!, ¡cuan ciegos fuimos!.

A pesar de haberse dado lo anterior, la infección ya estaba dentro de nuestro país los antes nacionalistas hijos de la pequeña burguesía nacional habían ya vuelto de sus estudios en el extranjero y empezaban a tomar posiciones en la vida política de la nación, la primera oleada “yupie” había llegado a México y con ella la política de educación popular del país se convirtió en una política populista, la acelerada masificación de la enseñanza de nivel medio superior y superior trajo consigo las consecuencias esperadas, la alienación del estudiantado y el deterioro del nivel académico, iniciábamos con ello la “época más moderna de la educación en México”.

La década del setenta, época de maravillas y descubrimientos, recién el hombre ha alcanzado la luna y el desarrollo tecnológico del mundo nos ha traído una gran riqueza, el petróleo que todo lo puede, el petróleo que tan malhadadamente ha pagado la educación de los traidores, la generación de los “yuppies” toma el poder en México y se instituyen en nuestro país los criterios del “American way of life” para calificar, juzgar y sentenciar al estudiante, al maestro, al ama de casa, al obrero, al campesino, al científico, al oficinista, al barrendero, al médico, a todos nosotros y a nuestros hermanos, se implanta en la vida de México el criterio de la producción y el consumo de bienes en una alucinante carrera hacia el espejismo del primer mundo.

En la educación, ha pasado a segundo plano el aprendizaje de nuestros niños, “maestros cesados por exceso de alumnos reprobados” rezaban algunos titulares amarillistas, pero era cierto, en más de una escuela escuché en esos años la funesta advertencia –“checa cuantos reprobados tienes no sea que te corran”- o en ocasiones en las reuniones de maestros en las escuelas se oía, –“dicen que hay que pasarlos porque la demanda es mucha y no podemos tener reprobados que saturen los grupos”-, ¿qué fue lo que nos ocurrió?, ¿cuál fue la razón para que se buscara cantidad en lugar de calidad?. Nada simplemente la “Reforma Educativa” había llegado para quedarse, y al tenor de los grupos de presión manejados por las mismas autoridades educativas con intereses políticos, se habrían de abrir de grado o por fuerza los miles de lugares que el estado reclamaba para convertir las escuelas de enseñanza superior en “Guarderías”.

Si, “Guarderías”, lugares especialmente diseñados para “guardar” a los niños mientras sus padres trabajan y en guardería se convirtió a la UNAM al “Poli” y otras más, lugares diseñados ya no para satisfacer la sed de conocimientos de aquellos con la capacidad para acceder a ellos, sino para guardar por

un tiempo una mano de obra a la cual el estado no podía –ni puede aún hoy- proporcionar un empleo digno. Cual si fuera un refrán podemos decir, “La Academia ha muerto, larga vida a la Academia”.

Pero, ¿si es así?, la pregunta obligada es; y ahora a poco más de dos décadas de distancia, ¿qué logramos?, ¿qué fue de los académicos de entonces?, ¿qué sucede hoy con los que asistieron a la escuela entonces?, ¿qué sucede con los alumnos que hoy asisten a las escuelas y Universidades del país?. Bien, la respuesta es simple pero tiene sus aristas y esas aristas lastiman cuando se tocan, particularmente lastiman a los que se saben cómplices y autores materiales o intelectuales de tan artera acción contra nuestro México.

Hoy vemos, tras poco más o menos 25 generaciones de alumnos que el sistema falló, hoy se reconoce el fallo del sistema y se vuelve a los procedimientos y las líneas generales que se usaban en la enseñanza primaria y secundaria en los años sesenta, hoy lamentamos que se hayan prohibido, sí prohibido, las canciones de Cri-Cri en los jardines de infantes por meros intereses económicos de unos cuantos codiciosos y la incompetencia de esos “Nuevos Pedagogos”, lamentamos eso como muchas otras cosas que se produjeron durante esa “época dorada de la educación”.

Hoy tratamos de reconstruir al menos en parte nuestro sistema educativo básico, pero, hoy tenemos a muchos millones de mexicanos que han sido “lisiados”, valga la expresión, por el sistema educativo que se usó con ellos. ¿Nuestros logros?, se pueden resumir en mi opinión en los resultados que arroja otro de esos elementos que llegaron con la “Reforma Educativa”, el CENEVAL, nos dicen sus propios resultados que tenemos una población de alumnos en las escuelas de nivel medio que en promedio no alcanza las mínimas calificaciones aprobatorias según sus propios estándares, alumnos que en licenciatura no saben escribir sin faltas de ortografía, futuros ingenieros que no saben hacer una división con papel y lápiz, futuros abogados y legistas que no conocen la constitución, médicos titulados que no han oído siquiera hablar de la bioquímica de nuestro cuerpo, especialistas en sistemas de información geográfica que no saben cuales son los estados fronterizos de nuestro país, ingenieros mecánicos que no saben identificar una palanca y su grado. ¡Esos son nuestros logros!

Son logros de entonces también las actitudes actuales de los supuestos profesionales que hoy egresan, la idea es pasar y obtener el título, el aprender es secundario, ya que piensan que se podrán reponer en la maestría y luego el doctorado y luego y luego y luego... sí otro de nuestros logros con esas inmensas guarderías son los estudiantes profesionales, que como una pestilente infección van plagando nuestras escuelas; sujetos que hacen de la obtención de becas para estudiar otro nivel más una profesión, sujetos con miedo de poner a prueba sus conocimientos en el trabajo diario, maestros en ciencias que no han ejercido su profesión, doctores que fincan su prestigio en el número de papelitos y títulos que han obtenido y que se complacen en restregar en la cara de otros. Sí los maestros y doctores de papel son otro de nuestros logros.

En cuanto a los académicos de ese momento, muchos ya han muerto, eran “viejos lobos de mar” en la ciencia de hacer ciencia y en el arte de la educación, muchos no tenían títulos y adornos como los Doctores de hoy en día, pero eran entes pensantes, eran humanos y humanistas. Los que aún quedan son ya pocos pero afortunadamente aún están ahí y digo afortunadamente porque con su saber y las herramientas que hoy día tenemos se abre la posibilidad de reconstruir más rápidamente nuestro sistema educativo.

Pero más aún, si bien muchos de esos que fueron nuestros maestros han muerto, ¡ellos viven!, y viven en los contados alumnos de los millones que pasaron por las escuelas, que tuvieron la suerte de ser “contaminados” por esos librepensadores. Ellos viven en el cotidiano quehacer de los que lejos de buscar la luz de los escenarios y el bombo de las ceremonias, luchan cada día para revertir en sus alumnos, en sus compañeros, en sus conocidos, en sus familiares, los efectos de ese artero golpe dado a México.

Qué más se puede decir de los que asistieron a la escuela en esos tiempos, de los que sin saberlo tuvieron que tragar más por fuerza que de grado el alienante brebaje preparado para ellos por el sistema, muchos, y hay que reconocerlo, lograron recuperarse pero no todos, de entre los que si pudieron recuperarse hay ejemplos y son dignos de ser emulados; pero, muchos otros, tras la depauperación intelectual que la “Reforma Educativa” les provocara no supieron cómo reponerse y se convirtieron en dóciles borregos en el rebaño del sistema, máquinas de consumir sin libertad de decisión,